

CERNUDA Y SU DEMONIO

Por JOSÉ MARÍA VAZ DE SOTO

Mi antología ideal de Cernuda está formada por poco más de una tercera parte de su poesía. Un poeta puede salvarse por un solo poema, y desde luego no conozco a ninguno del que me entusiasmen todos sus versos. De todo gran poeta deberíamos hacer siempre una antología personal cada uno de sus lectores, y los poemas de esa antología no estaría mal que cada cual se los aprendiera de memoria. Así irían esos versos con nosotros y podríamos recordarlos en el momento en que más lo necesitaríamos.

Opuestamente a cernudianos tan conspicuos como Octavio Paz, que se inclina decididamente por “la poesía de juventud [de Cernuda] (*Los placeres prohibidos, Un río un amor; Donde habite el olvido, Invocaciones*)”¹, o Gil de Biedma, que advierte ya en *Como quien espera el alba* “una cierta fatiga, una cierta desigualdad y reiteración”², los libros de Cernuda que yo prefiero son los del exilio, quiero decir del exilio propiamente dicho, ya que tantos repiten hoy como loros que fue un perpetuo exiliado. Concretamente, el libro donde hay más poemas de Cernuda que me gustan es precisamente *Como quien espera el alba* (1944),

1. “La palabra edificante”, *Papeles de Son Armadans*, CIII, octubre de 1964. Cito por *Luis Cernuda. El escritor y la crítica*, edición de Derek Harris, Madrid, Taurus, 1977, p. 141.

2. Jaime GIL DE BIEDMA, Juan GIL-ALBERT, Luis antonio DE VILLENA, *Luis Cernuda*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 1977, p. 21.

y dos de los poemas que más me gustan son *Elegía anticipada* y *Noche del hombre y su demonio*. Hubo una época en que, de tanto leerlo, me sabía gran parte de este libro de memoria; hoy, de los poemas largos, quizá sean esos dos los únicos que podría recitar enteros sin apenas equivocarme. Por eso, al sabérmelos yo, no debe extrañar que los dos personajes de mi novela *Diálogos del anochecer* (1972) se los supieran igualmente y citaran algunos de sus versos en su conversación. Fue, para aquel novelista que empezaba, un temprano homenaje a su poeta predilecto (junto a Antonio Machado).

Para hablar de un escritor, y sobre todo de un poeta, he preferido siempre ocuparme de algún texto suyo determinado, mejor que referirme a su obra en términos generales, y es lo que quiero hacer hoy con uno de los dos citados poemas. Con el otro ya lo he hecho; de *Elegía anticipada* he escrito algo alguna vez, aunque no recuerdo bien ni cuándo ni dónde ni con ocasión de qué. Sí sé que no era con motivo de centenario ni de aniversario alguno, pero confieso que a mí estas celebraciones con fecha fija me producen poco más o menos la misma fe que la astrología y el mismo respeto que los horóscopos.

A los que hablan de Cernuda como un individuo difícil, frío, complicado, resentido, mala persona, les diré que el Luis Cernuda que a mí me interesa es el que está en su obra, y a ése lo tengo por un hombre de cuerpo entero, un poeta moral de una sola pieza. Pasa algo parecido con Baroja, desde que salió por ahí un señor empeñado en demostrarnos que la proverbial sinceridad barojiana era un cuento y que Don Pío era un mentiroso. ¿Quién se lo va a creer? ¿A quién, que haya leído las novelas y los libros autobiográficos de Baroja, van a persuadirlo de que era un farsante? Y ¿quién, que conozca algunos poemas de *Las nubes*, de *Como quien espera el alba* o de *Desolación de la quimera*, va a dejarse convencer de que Cernuda era una mala persona? ¿Quién, que haya leído *Historial de un libro*, va a tragarse la rueda de molino de que sus desavenencias críticas con otros miembros de su generación e incluso su inquina hacia alguno de ellos eran mera exudación de su mala leche? (Lo de “la mala leche” de Cernuda se lo oí el año de su centenario a más de uno de sus imitadores y “homenajeadores”.)

Lo que a falta de mala leche sí tenía nuestro poeta, a la manera de Sócrates, era un demonio interior que se dedicaba a atormentarlo, y de ese demonio que lo tentaba con burlas y reproches vamos a tratar en lo que sigue, limitándonos en lo posible al poema que hemos repartido. Pero antes, para ubicar en su contexto biográfico el texto en cuestión, recordemos brevemente que el exilio supuso para Cernuda, además de la derrota de unos ideales políticos, el fin de sus años más activos e incluso ilusionados. “Conciencia de la muerte –resume Luis Maristany–, desarraigo social e interrogación sobre el posible objeto de la existencia, descreimiento y énfasis sobre la irrealidad de esa intolerable pesadilla que a menudo suele caracterizar a la vida cotidiana son puntos en que constantemente incide la poesía cernudiana posterior a *Las nubes*”. La mayor parte de sus poemas son para él en los libros que siguen, y muy acentuadamente en *Como quien espera el alba*, un comentario a su vida. Poesía, pues, “de la experiencia –concluye Maristany–, acaso la más sobrecogedoramente *impura* de su generación”³.

EL HOMBRE Y SU DEMONIO

Y vamos ya con el poema concreto que ahora nos ocupa, *Noche del hombre y su demonio*. En lo hondo de la noche, en esas turbias horas de insomnio de la alta madrugada, el poeta mantiene un monólogo dialogado, en el que, mediante una especie de implacable examen de conciencia, pone en cuestión su vida y se plantea el acierto o el error del destino elegido, que no es otro que el de su dedicación a la poesía a costa de olvidarse “de estar vivo”. Se plantea así, a lo largo de este denso y extenso poema, un dilema fundamental entre las obsesiones del Cernuda maduro: la contraposición de vida y literatura, complementaria a la de deseo y realidad.

Casi desde el comienzo, pero sobre todo a partir del momento en que el demonio sentencia: “Ha sido la palabra tu enemigo: / Por ella de estar vivo te olvidaste” (vv. 43-44), y que

3. Luis CERNUDA, *Crítica, ensayos y evocaciones*, edición de Luis MARISTANY, Barcelona, Seix-Barral, 1970. Cito por Derek Harris, loc. cit., pp. 196-198.

no puede ser otra cosa que un autorreproche del propio poeta, el lector percibe que el H[ombre] es Luis Cernuda, pero que el D[emonio] es también Luis Cernuda en la figura de un Mefistófeles irónico, entre ángel de la guarda y demonio de la compañía, y tan poco satánico que hacia el final del poema él mismo acaba poniendo en duda su naturaleza demoníaca: “Después de todo quién dice que no sea / Tu Dios, no tu demonio, el que te habla” (vv.102-103). Ya en su segundo parlamento, D (inicial que obviamente puede serlo tanto de Demonio como de Dios), volviendo del revés la conocida frase bíblica acerca de la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios, nos dice que es el hombre el que crea a imagen suya a Dios y, todavía más a imagen suya, a su demonio (vv. 17-18).

Para los que niegan a Cernuda toda capacidad de humor, advierta el lector lo que de sí mismo añade este debilitado Mefistófeles, que ni siquiera puede tentar al poeta, como el de Fausto, con “la juventud huraña que de ti ha desertado” (v. 25). Es un demonio bastante buena persona, que se reconoce algo hipócrita (“aprendo hipocresía”, dice), que envejece como los hombres, y cuyas alas han perdido vigor con el paso de los años (vv. 19-23). El Hombre mismo lo describe deambulando por “el carnaval de sombras” de su vigilia con “ademán profético y paso insinuante / Tal ministro en desgracia” (vv. 14-16). Fino apunte del natural este último, ¿no les parece?

EL DIÁLOGO

Sigamos ahora un poco más ceñidamente el hilo del discurso dialéctico, tan parecido en el tono a algunos de los monólogos dramáticos de Cernuda, dado que estos últimos –como ha observado Gil de Biedma– son también conversación interior y controversia, en los que el poeta, por lo general, “no habla consigo mismo, sino que se habla a sí mismo”, salvo en los casos en que “la segunda persona del singular se le desdobra en interlocutor”⁴.

El demonio, *su* demonio (D), empieza despertando al hombre (H) para que “perciba la existencia en dolor puro” y para

4. J. DE BIEDMA, *Luis Cernuda*, p. 17.

“hablar de la vida”. Como una criatura del barroco escapada de un texto de Quevedo o Calderón, el hombre despierta diciendo: “Entre los brazos de mi sueño estaba / Aprendiendo a morir” (vv. 9-10). Y puesto que estaba mejor dormido (“Amo más que la vida este sosiego a solas”, v. 12) se queja de que lo despierten: “¿Por qué me acuerdas? / ¿Te inspira acaso envidia el sueño humano?” (vv.10-11)⁵.

Estas preguntas de H, y especialmente la segunda, podrían darnos a entender que estamos ante un demonio, digamos, en persona, aunque desconozca algo tan humano como el sueño; pero pronto, a lo largo del poema, su figura física se irá diluyendo hasta quedar reducido a una especie de *daimon* interior. Además, H y D están demasiado de acuerdo desde un principio como para que no advirtamos que se trata de un desdoblamiento del poeta; es decir, que D es una parte de su conciencia.

¿Qué parte de su conciencia?, cabría inquirir. ¿Lo que de demoníaco había en ella y a lo que se refirió Cernuda, por ejemplo, a propósito de Lorca y de todo auténtico poeta (“Un viento demoníaco le impulsa por la vida”, dice en un verso dedicado al poeta asesinado)? No. Más bien parece que estamos aquí, como ya hemos dicho, ante un ser más daimónico que demoníaco, nada exaltado, que derrocha, por el contrario, sentido común, ironía, sarcasmo; un demonio burlón que, entre burla y burla, va soltando las verdades de la sensatez para socavar el reducto moral del poeta.

El reproche mayor lo formula ya el mismo H en la estrofa cuarta: renunciar a la vida por la poesía puede ser un error, porque en realidad la poesía tampoco vale más que “un chopo con sol en primavera” (que es vida, no poesía), de modo que el sueño, los sueños del poeta, no son más que la sombra inútil de la realidad. Y poniéndose en el lugar de H, aunque en primera persona

5. En la antología *Poetas del 27* de la editorial Anaya, el antólogo, Vicente Gaos, no entiende esta palabra y aclara en nota: “¿Por qué me lo recuerdas?”, lectura a todas luces disparatada. Digamos que “acordar” tiene aquí el mismo sentido que en Jorge Manrique “recordar” (“Recuerde el alma dormida...”), esto es, “despertar”. Ése es hoy el significado de *acordar* en portugués (así me lo hizo observar en la sesión académica correspondiente mi buen amigo José Villalobos), lo mismo que en castellano antiguo, como he comprobado después que recoge en décimotercera acepción el actual diccionario de la Academia Española.

del singular, es D quien añadirá irónicamente más adelante (vv. 68-73):

“Quisiera ser el hombre común de alma letárgica
Que extrae de la moneda beneficio,
Deja semilla en la mujer legítima [...],
Por pública opinión ordena su conciencia
Y espera en Dios, pues frecuentó su templo”.

Es decir, quisiera ser... lo contrario de lo que quiso ser Cernuda y en lo que empeñó su vida. Lo que ahora le sugiere D es una tentación que nuestro poeta debió de sentir muy raras veces, y H le replica dolidamente reprochándole la burla y echando por delante una vez más su moral irreductible, ya que la poesía es “la sal del mundo”, y el poeta es quien siente de verdad la “conciencia”, aletargada en los demás, de estar vivo “en medio de la angustia”. D sigue con sus burlas y sarcasmos, con sus tentaciones a deshora, esto es, recordándole las cosas a las que ha renunciado, en la siguiente impresionante estrofa (vv. 83-90):

“Pobre asceta irrisorio, confiesa cuánto halago
Ofrecen el poder y la fortuna:
Alas para cernerse al sol, negar la zona
En sombra de la vida, gratificar deseos,
Con dúctil amistad verse fortalecido,
Comprar todo, ya que todo está en venta,
Y contemplando la miseria extraña
Hacer más delicado el placer propio”.

Pero ya antes, en el centro del poema, se plantea con nitidez el dilema de si ha valido la pena dedicar la vida a “los sueños del poeta” o hubiera sido mejor dedicarse a “vivir” aunque la realidad rara vez responda al deseo. Como ya vimos, la opinión de D (es decir, de una parte, por mínima que sea, del espíritu de Cernuda, en ambiguo desacuerdo con el destino elegido o asumido) es que ha sido la palabra, o sea, su dedicación a la poesía, la que le ha hecho olvidarse de la vida; sin duda porque la vida, previamente, le resultaba intolerable al no coincidir con sus sue-

ños, ni la realidad con el deseo. Al oír tal reproche, ahora sí, H apela a ese otro demonio, a ese viento demoníaco que hace al poeta (vv. 43-44):

“Hoy me reprochas el culto a la palabra.
¿Quién si no tú puso en mí esta locura?”.

Si la vida coincidiera con los sueños, o la realidad con el deseo, tal vez no existiría la poesía, o sería otra su función. La palabra, esto es, la poesía, sustituye en Cernuda a la vida; es, por tanto, un sucedáneo, pero tiene, al menos, una ventaja: que es o puede ser perdurable. Por eso H (más el poeta que el hombre en este caso) añade en su réplica a D (vv. 45-50):

“El amargo placer de transformar el gesto
En son, sustituyendo el verbo al acto,
Ha sido afán constante de mi vida.
Y mi voz no escuchada, o apenas escuchada,
Ha de sonar aún cuando yo muera,
Sola, como el viento en los juncos sobre el agua”.

D replica a su vez con las quejas del propio Cernuda –de esa otra parte de su espíritu– acerca de su condición de poeta olvidado o relegado frente a otros, celebrados y aplaudidos por el corro “propicio a la mentira”. Los que ganan prestigio y fama no son los poetas puros y solitarios –nadie escucha una voz “si es pura y está sola”–, sino el histrión elocuente (¿en quién estaría pensando?), el hierofante vano (¿de quién se estaría acordando?): son ellos los que ven crecer el auditorio en torno suyo, los que reciben el aplauso, los que “viven” y “prosperan”. El día de mañana nadie se acordará de ellos y sí de ti –concede D–, pero ¿qué serás tú entonces? “Un nombre tú serás, un son, un aire” (v. 58). Lo que es hoy Cernuda para nosotros; en eso acertó.

Y esto es lo más triste para H (“Me hieres en el centro más profundo” v. 59). Aquí resuena con profundidad el poeta existencial que había en Cernuda: el ser humano, en su contingencia, no tolera “estar vivo sin más”, necesita “apostar su vida en algo”. Por ejemplo, en su obra poética. De ese algo hace su ídolo, su ra-

zón de vida, puesto que ha renunciado a vivir ésta como D, para martirizarlo, le sugiere que habría podido hacerlo. Pero en este punto parece que flaquea momentáneamente el ánimo moral de H y reconoce su error (el haber renunciado a la vida y sus placeres a cambio de nada) [vv. 65-66]:

“Mi engaño era inocente, y a nadie arruinaba
Excepto a mí, aunque a veces yo mismo lo veía”.

Es en este punto cuando D arrecia con sus burlas, poniéndose en el lugar de H y lamentando no haber sido un “hombre común, de alma letárgica”, un buen burgués con familia y prole, que va a la iglesia los domingos y ordena su conciencia siguiendo los dictámenes de la opinión establecida.

Dos estrofas después, H, que contradictoriamente acaba de reconocer su error y ha dado la razón a D, reacciona de nuevo y se reafirma en la fidelidad a su destino de poeta (aparte de que no puede ya dar marcha atrás: “Dos veces no se nace, amigo”, v. 91). Y, “fiel hasta el fin del camino y su vida”, del mismo modo que asumirá definitivamente su exilio en un poema muy posterior, añade virilmente: “Ahora silencio / Por si alguno pretende que me quejo” (vv. 97-98). No se queja; sigue, hondamente ético y radicalmente pesimista, encastillado en su estoicismo, porque le sigue pareciendo más digno (vv. 97-99):

“Sentirse vivo en medio de la angustia
Que ignorar con los grandes de este mundo
Cerrados en su limbo tras las puertas de oro”.

La dicotomía realidad/deseo habría que complementarla, ya lo hemos dicho, con la de vida/poesía, enfrentados explícitamente ambos polos de esta segunda contraposición en la muy citada fórmula cernudiana de que “todo lo que favorece al poeta perjudica al hombre” o viceversa (cito en este caso de memoria), “todo lo que perjudica al hombre favorece al poeta”, pero cuya más acabada expresión dentro de su obra poética está tal vez en este magnífico diálogo de H y D.

TEMAS Y ESTRUCTURA

Respecto a la composición poemática, muy cuidada siempre por Cernuda en sus poemas largos, *Noche del hombre y su demonio* contiene trece estrofas de entre ocho y nueve versos cada una (menos una, de siete), en su mayoría alejandrinos, mezclados con endecasílabos tradicionales, más algún verso libre – mal medido o mal acentuado como endecasílabo o como alejandrino– que rompe intencionada y ligeramente el ritmo como una vuelta de tuerca más en favor de lo coloquial. Por lo que se refiere a la expresión lingüística propiamente dicha, nos movemos ya aquí en una alta cota de proximidad al lenguaje hablado, al de la conversación culta, tan distante del folklorismo o neopopulismo del penúltimo Machado o del primer Alberti como de la poesía *pura* o del metaforismo superfluo –“barata bisutería”, lo llamó Antonio Machado– de otros poetas de su generación. En todo caso, Cernuda no se propuso escribir como se habla, sino –así lo puntualiza atinadamente Octavio Paz– tomar “como materia prima de la transmutación poética no el lenguaje de los libros sino el de la conversación”⁶. En *Noche del hombre y su demonio*, lo logra hasta cierto punto: tanto D como H hablan *poéticamente*, bordeando a veces el prosaísmo, con un lenguaje bastante próximo a lo conversacional.

De esas trece estrofas, alternando con regularidad en el diálogo, seis las dice H y las otras siete D, de modo que éste tiene la primera y la última palabra. Más que de una discusión, se trata de una reflexión a dos voces, en la que, muy dialécticamente, se nos plantea la alternativa existencial (puesto que la vida resulta siempre esencialmente insatisfactoria) de consagrarse a la poesía, a “explorar esta extraña comarca”, o bien escoger el camino del poder y la fortuna que, si no colman nuestro deseo, al menos sirven para “gratificar” algunos de ellos, tener amigos “dúctiles” y negar en lo posible “la zona en sombra de la vida”.

Poema desolador entre los más desoladores que escribió Cernuda, sin un asomo de consuelo desde que H despierta en mitad de la noche hasta que D se despide con las claras del día,

6. O. PAZ, “La palabra...”, p. 147

ya hemos dicho que su tema es fundamentalmente el acierto o desacierto de esa elección vital, planteada desde la situación del poeta frente a un mundo indiferente u hostil, frente a ese “hombre común de alma letárgica”, preocupación ésta última ya con anterioridad muy frecuente en Cernuda. Hölderlin y sus criaturas fueron en un principio, según Octavio Paz, su modelo. Y pronto, a partir sobre todo de *Invocaciones*, esas figuras se habían de transfigurar en la del demonio, esta especie de Mefistófeles de andar por casa. “No es –advierte Paz– un demonio cristiano, repulsivo o aterrador, sino pagano, casi un muchacho. Es su doble. Su presencia será constante en su obra, aunque cambie con los años”⁷. En este mismo poema vemos, por ejemplo, cómo ha envejecido, a imagen del propio H (“en mí tienes espejo”), y, aunque hable de “su poder latente”, ni siquiera se considera capaz de devolver la juventud al poeta. La identificación de Cernuda con este demonio tan particular es casi una constante en su obra inmediatamente anterior y posterior a la Guerra Civil. Dicha figura –sugiere atinadamente Maristany– ejerció sobre él “una explicable fascinación” porque “participa débilmente, como el poeta, de la divinidad; pero son ambos seres caídos, entre la confusa masa de los humanos, condenados como éstos a ser tiempo”⁸. Se diría que una manera de subrayar su soledad, en contraste y paralelo con el verso en que Machado esperaba “hablar a Dios un día” (verso curiosamente repetido casi al pie de la letra por Cernuda en el poema *Díptico español*, de su último libro), es ésta de hablar con su demonio, que en la última estrofa del poema que comentamos se despide de él diciéndole que es el único amigo que le queda.

Luego, con las primeras luces del amanecer, añade:

“Más mira cómo el alba a la ventana
Te convoca a vivir sin ganas otro día...”

Por último, los tres versos finales, puestos en boca del demonio pero que podrían leerse con el “tú” que Cernuda se aplica

7. O. PAZ, “La palabra...”, p. 144

8. L. MARISTANY, “Crítica...”, p. 193

con frecuencia a sí mismo en otros poemas, son de una amargura honda y sin aspavientos, y en ellos, si recuperamos “el alba” de los dos versos anteriores, el segundo hemistiquio del penúltimo verso es prácticamente el título de todo el libro al que pertenece (*Como quien espera el alba*):

“Pues el mundo no aprueba al desdichado,
Recuerda la sonrisa y, como aquel que aguarda,
Álzate y ve, aunque aquí nada esperes”.

“La más triste manera de esperar el alba”, comentaba citando estos versos, si la memoria no me falla, uno de los personajes que dialogan, como aquí H y D, en aquella novela mía de juventud.